

De Raquel de Queiroz

El compadre Antonio Muxió

Traducido del portugués por Pepita Turina



MURIO hace algunos años, durante una de esas largas ausencias de mi casa, una persona que siempre consideré como una especie de abuelo espiritual; el viejo negro Antonio Muxió. Fué enterrado en el pequeño cementerio de la hacienda, donde el pasto crece libremente por encima de las sepulturas y cuyos muros están cubiertos de enredadera de San Cayetano. Lo llevaron en una red que dejaron sin ceremonias a la orilla de la fosa, de donde rodó para el fondo. Después la tierra lo cubrió, sobre la tierra pusieron unas pocas flores, unas zinias (que allá se llaman «Rosa cabocla»), unos claveles de difunto. Lo principal del entierro fué

El cuento que presentamos traducido del portugués, mas bien del brasileño, por la escritora Pepita Turina, corresponde a Raquel de Queiroz, figura de reciente aparición en la novelística social de su país y por ser su obra la repercusión refleja de los ingenios, de las haciendas, la ha llevado a ocupar un lugar junto a Jorge Amado, que es lo político social; a Graciliano Ramos, que es la angustia del hombre flagelado por la realidad de las sequías; a José Lins do Rego, que es la experiencia rural del Nordeste; y a Jorge de Lima, que es el hombre en sus luchas sufrimientos y descos.—N. de la D.

un litro de aguardiente para los cargadores; los hijos del finado se emborracharon en exceso y durante la caminata uno de los yernos, mestizo de pasiones peligrosas, casi ataca con cuchillo a uno de los cuñados. Sólo hubo llanto de mujeres, pues los hombres no lloran; bienes no había para repartir; hasta la misma red donde murió y se llevó no era de él, y por eso tuvo que venir de vuelta del cementerio para ser entregada a su dueño. Fué arrojada a la tierra en la misma descuidada pobreza en que viviera siempre—difunto descalzo, con los solos dos pies gruesos y agrietados saliendo de la red humilde, y la vieja ropa de mezclilla azul estrellada de remiendos. Recuerdo suyo, material, para la viuda y para los hijos, quedó apenas un viejo sombrero de cuero, de copa forrada, reliquia de sus tiempos de vaquero, y la pipa de barro, quemada y sucia, que meses antes de morir comprara por dos cruzeiros en la bodega de la estación.

Y antes, en cuanto se sintió capaz y pudo montar, fué vaquero—y ser vaquero en nuestra tierra, es una oportunidad para proveerse de lo necesario. El vaquero tiene casa y terreno, tiene parte en la leche y en el queso, tiene porcentaje en los animales que se van criando, tiene sus caballos propios, tiene «suerte» en el ganado; la parte de uno en cuatro becerros, pudiendo escogerlos el mismo; la ley es que no saque «ni la flor ni el refugio» de la becerrada.

Pero el compadre Muxió vendía los becerros, comía los cabros, y cuando la hartura era tanta que el gasto de la casa no daba salida a todo, construía con los hijos una ramada de hojas de plátano en el terreno, salía en su caballejo haciendo convites, en un radio de más de tres leguas, y daba tal fiesta que durante más de un año quedaba recuerdo de ella...

Llamábase en realidad Antonio Francisco de Lima, cuando muchacho, apareció en la hacienda de mi abuelo. Como había por allá otros Antonios, le dieron el nombre de su lugar de origen—la hacienda Muxió, allá para las reuniones de Qixeramobin. Pronto, con sus charlas, sus historias, con su extraña filosofía,

conquistó a todo el mundo; subió en un instante la jerarquía del corral, fué ordeñador, tratante de los becerros, lavador de caballos, veterinario, podador. Lo pusieron de ayudante de uno de los vaqueros titulares—creo que del viejo Sabino Gomes, hombre de grandes bigotes y gran sabiduría, respetado como un patriarca—, y dentro de poco el criadito experto era también vaquero, metido en el jubón de cuero de venado, la canilla ágil y seca embutida en la pernera, el sombrerón ladeado sobre el rostro malicioso. Mi padre lo adoraba—o mejor, los dos se adoraban. Cuando Muxió llegó a California (así se llama la «hacienda nueva» de mi abuelo, cuya casa grande e ingenio a vapor fueron levantados en los tiempos del «gold rush» americano), mi padre era niño de pecho y el pecho que más lo cargó fué el del criadito Muxió que, de ama seca, paulatinamente le fué sirviendo de maestro, de ayo, de escudero y confidente. Cuando Muxió casó con María Raimunda, criada de la casa de mi abuelo, mi padre, niño todavía, fué padrino de uno de sus primeros hijos. Y como el cura rehusase padrino tan joven, el padre declaró con firmeza que «el niño quedaría pagano hasta que el padrino creciera». Y hasta que la muerte los separó, llevándose a uno de los compadres, se quisieron, se comprendieron, se apoyaron mutuamente, con una lealtad, con una pureza de amistad que jamás encontré otra igual.

María Raimunda dió al compadre veinte hijos; pero de esos veinte sólo conocí unos seis; los otros murieron niños. El ahijado de mi padre, Sebastián, murió de horrible muerte, atrapado como un pez vivo.

* * *

Lo que distinguía al viejo Muxió de los otros hombres de la hacienda era su extraña y cínica filosofía, su generosidad de gran señor, su lealtad de caballero. Decían que era flojo y que mentía; pero ¿no son estos defectos de gentleman? Es que durante toda

su larga vida él no fué sino eso; un gentleman del cual tenía hasta el bizarro sentido del humor. Cortés como un grande de España, sabía comportarse de manera que las gentes se sintiesen a su lado como príncipes, y sin demostrar por su parte gestos de humildad o bajo servilismo. Afligido por una familia de muchachos insubordinados, ladrones, vagabundos, aventureros, siempre se colocó en posición tal que ni renegaba de los hijos ni les encubría los vicios—ni mártir, ni cómplice. Su sonrisa escéptica cuando apelaban a su autoridad ante algún gran desatino de los hijos o nietos, desarmaba hasta a la misma madre, enemiga hidalga de toda la «raza dañina» de los Muxíos. (Creo que ella nunca pudo sofocar un secreto sentimiento de celos ante aquella amistad que ligaba al viejo con mi padre, amistad fuerte de hombres que cosa ninguna jamás disminuyó).

Esa amistad pasó por una prueba especial. La juventud de mi padre fué tristonera, cruzada de alteraciones. Niño aún, apenas murió el padre, mandaron a todo el grupo de los hermanos (eran siete) a estudiar en el colegio Abilio aquí en Río. Y el niño, aislado y sensible, robado tan pequeño a las faldas del abuelo que lo criara, casi muere de nostalgia por acá. Apenas se hizo joven, huyó de aquí, abandonó los estudios, voló para el campo, patria predilecta, su única tierra donde hasta hoy ha podido vivir feliz. Y llegando allá, lleno de aversión por todo lo que lo atara o entrabara, le dió por hacer arrancadas de meses seguidos a los bosques de la Sierra Azul—zona de floresta cerrada, donde todavía hay monos y onzas; abandonaba la familia, el confort, todo, y se quedaba en la selva, solo con su melancolía. El pretexto que daba a aquellas fugas era sacar mandioca, que en la sierra había mucha, o dar caza a algunas reses salvajes, becerros nacidos en la selva convertidos en novillos bravíos. Y en esas ocasiones solitarias de abanderado de la floresta, sólo un hombre era tolerado por él, uno sólo le daba asistencia y compañía: su compadre Muxió.

Cuando volvía, quemado por el sol, colorado, rubio y bonito como un héroe de las cintas del «Far west», con el corazón aliviado de penas y el cuerpo endurecido por aquel tiempo de vida ruda, el viejo le cabalgaba al lado, sonriente, más feliz todavía; feliz como el ángel de la guarda que trae a buen puerto a su niño, después de peligrosa travesía, entre fieras, asombros y terrores.

* * *

Hablé de la filosofía cínica del viejo. Cuentan en la casa que cierta vez, hace unos cuarenta años, en una fiesta en la hacienda Timbauba, hubo un acaloramiento. Apagaron las velas, dieron unos tiros al aire, y en la obscuridad, entre los chillidos de las mujeres, comenzó el desorden. Un mulato de nombre Manoel Rafael púsose a gritar en medio de la confusión «¡Me dieron una palmada! ¡Me dieron una palmada!». Muxió, que hasta entonces estuvo inmóvil, dejando crecer el barullo, se irritó, se acercó al hombre ofendido, lo sacudió brutalmente por el brazo: Vamos, seu Manoel Rafael, usted no tiene vergüenza? ¿Eso es lo que un hombre debe decir?

Siendo soltero, andaba enamorando a una mulata muy pretenciosa y muy presumida; preguntóle si quería casarse con él. Después de mucho melindre, la moza confesó que quería. Muxió suspiró, gravemente: «Bien, cuando yo quiera, ya sé que usted quiere...».

Cierta vez, el compadre Muxió reunió todo lo que un año de vaquero le diera,—becerros, cabras, carneros—y cambió el lote entero por un fino caballo de montar; caballito nervioso y corredor, bien hecho como una pintura; le dió el nombre de Veneno, y concentró en aquel caballo toda la ingenua vanidad, todo el orgullo de su corazón ligero. Nadie montaba en Veneno, nadie lo miraba siquiera mucho tiempo—pues el dueño creía en el mal de ojo. Pero un día, por deferencia especial, insistió Muxió para que

papá montase Veneno. El mismo salió en uno de los caballos de la hacienda, y partieron los dos, galopando, en una de esas correrías acostumbradas. Mas de repente Veneno se puso a temblar, le flaquearon los brazuelos y cayó; y antes de que mi padre pusiese pie en tierra, ya estaba el caballo muerto. Imagínense la consternación de mi padre—ver morir así, montado por él, aquel animal que era la niña de los ojos de Muxió, por quien diera todo lo que poseía—que concentraba todos sus goces y todas sus ambiciones en este mundo. Volvió mi padre lentamente los ojos para el amigo. Muxió sonreía, encogiendo los hombros. Comentó apenas: «Lo que es del hombre el animal no se lo come, compadre...» Le entregó las riendas del caballo que montaba, lo hizo subir a la silla, y saltó alegremente a la grupa, como si el muerto Veneno perteneciese a otra persona.

Tenía una enorme colección de refranes populares que todavía hoy son un manantial donde todos bebemos allá en casa. Reunidos, darían un libro más pintoresco y con mucho más ciencia del mundo que la colección de sentencias del Marqués de Maricá. «Quien se quiere divertir lleve a la madre consigo». «En el tiempo en que no llovía, que es lo que el inambú bebía?»

* * *

En la epidemia del tifus de 1932 se le murió el hijo menor, el «Chico Vinte». La pérdida de ese hijo, ya hombre hecho, y de varios nietos, y las miserias de la sequía, abatieron mucho al viejo. Mi padre estaba ausente, y le fué robado el consuelo de despedirse del amigo cuando vino al fin. Y creo que fué ésta la pena más fuerte que su alegre corazón se llevó de este mundo, después de más de setenta años de vida.